

823
H.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PR577A
.F6
56
v.1

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL ALIMENTO DE LOS DIOSES

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

LA INVENCION DEL ALIMENTO

I

Hacia la mitad del pasado siglo XIX, se hizo muy común en el extraño planeta en que vivimos, cierta clase de hombres en su mayoría talludos á la que se le dió el nombre apropiado de *científicos*, aunque á ellos no les gustara mucho la palabrita. Tanto les disgustaba, que la tal calificación quedó desterrada en absoluto del periódico *La Naturaleza*, que pudiéramos llamar el órgano de la clase, del que fué proscripta la palabra como si ella entrañara todo lo malo del lenguaje;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

pero el público y la prensa en general han seguido llamando así á los que se dedican al estudio de las ciencias y cuando hablan de ellos, los apellida *distinguidos, eminentes, ó muy conocidos científicos*.

Y tal calificación merecieron indudablemente el señor Bensington y el profesor Redwood, aun antes de que asombraran al mundo con su maravilloso descubrimiento, que es el objeto de esta narración. El señor Bensington pertenecía á la *Royal Society* y era presidente de la *Chemical Society* hacía algunos años, y el profesor Redwood, catedrático de Fisiología en el *Bond Street College* de la Universidad de Londres, había sido constantemente combatido por los *antiviviseccionistas*, y había llevado siempre, desde jovenzuelo, una vida esencialmente académica.

Uno y otro tenían poca distinción natural, como les sucede á todos los verdaderos hombres de ciencia, y no es aventurado decir que cualquier actor dramático tiene modales más distinguidos que todos los miembros de la *Royal Society* juntos. El señor Bensington era de corta estatura, calvo y encorvado; llevaba lentes montados en oro y zapatos de paño con muchas cortaduras para disminuir el dolor de los callos. Redwood era de aspecto vulgar y ordinario.

Hasta que tuvieron la suerte de descubrir el alimento de los dioses, nombre que seguiré dando

á invento tan prodigioso, ambos sabios vivieron en la mayor obscuridad, y es difícil, por lo tanto, hallar en su vida nada que pueda llamar la atención de nadie. Bensington había sido premiado con la espuela de caballero, cosa que se avenía mal con los zapatos de paño agujereados por todas partes, recompensa dada á sus muchas investigaciones respecto á los alcaloides de propiedades más tóxicas, y Redwood, logró ser un día eminente y llegar á la cumbre de la sabiduría, no sé por qué, pero creo que debió su fama á una obra voluminosa que escribió acerca de la *Reacción de los tiempos*, profusamente ilustrada con copias de trozos esfigmográficos (rectificaré si es preciso) y avalorada por una terminología especial que lo hizo célebre en un momento.

La noticia de la existencia de estos sabios, apenas trascendió al público, que sólo pudo ver en algunos sitios, como por ejemplo, en la *Royal Institución* y en la *Society of Arts*, la sonrosada calva del señor Bensington y tal vez el cuello de americana, y escuchar algunos fragmentos de conferencias que el ilustre profesor se hacía la ilusión de que leía claramente. Recuerdo que en cierta ocasión, cuando aun se hallaba en Dover la *British Association*, llegué yo á la sección C ó D ó no sé qué otra letra, que estaba establecida en una taberna. Entré siguiendo á dos señores de gran continente que llevaban debajo del brazo

unos rollos de papel y pasé por una puerta sobre la cual se leía: *Billiards and Pool*, y me hallé sumido en tinieblas que rompían sólo un círculo de luz en el que se destacaban los trazos esfumográficos del señor Redwood.

Estúveme contemplando el movimiento del círculo alumbrado en el que iban sucediéndose con lentitud los trazos, y oí una voz, que creí fuera la del profesor, sin que recuerde ahora lo que dijo. Volvió á llamarme la atención el chirriar de la linterna y escuché otro ruido que me detuvo algún tiempo para ver en qué paraba aquello, pero se apagó la luz de pronto, y hasta después no me di cuenta de que, otro ruido que sentí cuando se apagó la luz, era el de las mandíbulas de los señores socios, que aprovechaban la obscuridad para engullir bollos y emparedados.

Guardo recuerdo de Redwood, que me pareció un hombre sumamente ordinario, de aspecto nervioso y de color moreno. Hablaba mientras estaba encendida la linterna y palpaba la pantalla en el sitio en que debía hacerse visible el diafragma, y parecía uno de esos hombres profundamente preocupados en asuntos ajenos al caso de que tratan y que actúan siempre con verdadera satisfacción por aquello de que cumplen con un deber.

En otra ocasión oí también, y de esto hace mucho tiempo, al señor Bensington, que dió una conferencia en Bloomsburg. Era un metodista exi-

gente, como todos los químicos y botánicos, pero se me figura que no hubiera podido con media hora de clase en un colegio elemental. Según creo recordar, Bensington exponía, en la conferencia aquella, una modificación en el método de heurística de Armstrong, modificación con la cual, un niño de mediana inteligencia, ayudado de aparatos que costaban diez mil pesetas, abandonando por completo los demás estudios y poniendo todos sus cinco sentidos en las explicaciones de un profesor eminente, podría llegar á saber en el período de diez á doce años, tanta química como se puede aprender en uno de esos tratados que valen dos pesetas, que sirven de texto, y que eran entonces tan comunes como hoy.

Por lo que llevo dicho habrán comprendido mis lectores que los dos sabios, dejando á un lado su ciencia, eran personas vulgarísimas, y añadiré que, si en alguna ocasión se apartaban de lo vulgar, era para caer en lo ridículo, en lo que nada tiene de práctico con relación á la vida, como les ocurre siempre á los hombres de ciencia. Lo que hay de notable en estos hombres, constituye una molestia para sus compañeros, y un misterio para la humanidad en general; lo que en ellos no es noble, resulta evidente como su vulgaridad, y en esto, es en lo que se distinguen de los demás. Viven en un círculo muy estrecho en lo referente á sus relaciones sociales, porque sus

investigaciones científicas exigen de ellos atención profunda y aislamiento casi monástico, que consumen su actividad y su tiempo.

Cuando vemos á uno de esos pequeños investigadores de cosas grandes, con su aspecto estrambótico, su timidez clásica, su cabeza canosa y su pecho adornado ridículamente con alguna condecoración, moviendo con lentitud su mal conformado cuerpo mientras lee un discurso académico; cuando vemos lo que el periódico *La Naturaleza* parece angustiarse ante el abandono del sabio; y; por último, cuando leemos ó cuando oímos la crítica que un botánico opone á los trabajos de otro botánico, se nos hace patente, tal como ella es, la inmutable pequeñez de los hombres. Y sin embargo, aparte de los áridos escollos fabricados por tales gentes, ¡es tan admirable, tan portentoso, y está tan preñado de promesas el porvenir de los hombres!

Los sabios no parece que realizan aquello que ejecutan, y sin embargo, es indudable que esta el mismo Bensington, al consagrarse á los alcaloides y á sus composiciones similares, tuvo algún presentimiento, y algo más que un presentimiento, de su fuerza científica; porque sin tales aspiraciones de gloria y de posición á las cuales no puede aspirar sino el hombre de ciencia ¿qué joven consagraría su vida entera á semejante obra? Ninguno.

Es innegable que todos ellos han tenido la visión de la gloria, y que, aunque la hayan visto tan cercana que su resplandor les haya cegado, los ha cegado caritativamente para que en el resto de su existencia hayan podido ó puedan mantener, con relativa intensidad, la luz de la ciencia á fin de que veamos nosotros.

Tal vez esto explique la preocupación de Redwood, que se diferenciaba, sin género de duda, del resto de sus semejantes, por la singularidad de conservar aun en sus ojos, algo de la visión que lo había deslumbrado.

II

El nombre de *alimento de los dioses* con que yo califico la substancia descubierta por los profesores Bensington y Redwood no es en manera alguna exagerado, si se tienen en consideración las maravillas que ha obrado y las muchas que hemos de ver aún; seguiré, pues, usándolo en el curso de la presente historia.

Tengo la seguridad de que Bensington, á sangre fría, no se hubiera atrevido á bautizar con tal nombre su descubrimiento, como tampoco se hubiera atrevido á salir de su casa de Sloane Street vestido de púrpura y ciñendo una corona de laurel. El nombre fué una genialidad del sabio, una exclamación, un grito lanzado en el primer momento de entusiasmo; pero pasada una hora, cuando la calma aplacó los primeros ímpetus, el mismo Bensington declaró que tal nombre era absurdo.

Cuando nuestro sabio se dió á reflexionar por primera vez, en lo que había ideado, se quedó

atónito; el panorama que, deslumbrándole, se ofrecía á su vista, era tentador é inmenso, realmente inmenso. Lo contempló asustado un instante, y luego, como hacen los verdaderos sabios, cerró los ojos resueltamente. Surgió luego el alimento de los dioses, y se propagó y obtuvo una resonancia escandalosa. Bensington seguía sorprendido de haberle denominado de aquel modo; pero la visión, que aun permanecía en sus ojos, estallaba de vez en cuando en esplendores que cegaban.

—La verdad — decía Bensington á su compañero, frotándose las manos y riendo nerviosamente, — que esto no tiene interés práctico... Pudiera ser — añadió acercándose más á Redwood y bajando la voz, — que se vendiera, si supiéramos manejarlo bien.

—Y que se vendiera como alimento, ó, por lo menos, como una parte constitutiva del alimento— respondió Redwood.

—Naturalmente, suponiendo que sea agradable al paladar... Pero esto no lo sabremos hasta que hayamos hecho la preparación oportuna.

Bensington dió vuelta á la alfombra de la chimenea y se quedó mirando las ya descritas cordaduras de sus zapatos de paño.

—En cuanto al nombre — dijo luego, levantando la cabeza, — prefiero una sugestiva alusión clásica. Esto no sólo mantiene, sino que aumenta, la responsabilidad de la ciencia, pues le da cierto

matiz de dignidad á la antigua. Lo he pensado mucho... No sé si usted lo encontrará absurdo, ¡pero un poco de fantasía bien se le puede á uno permitir alguna vez!... Creo que se adapta bien la palabra *Heracleoforbia*. ¿Eh? ¿Qué le parece á usted? Así queda bien expresada la idea de la nutrición de un hércules en embrión... No obstante, si usted cree que no...

Redwood, sin despegar los labios y con la vista fija en el fuego, reflexionaba.

Bensington insistió:

—¿Le parece á usted que el nombre convendría?...

Redwood, callado aún, movió gravemente la cabeza.

—Si no le pareciese bien, podríamos llamarle *Titanoforbia*, alimento de titanes... ¿Prefiere usted el primero? ¿O cree usted que será demasiado?

—No — respondió secamente Redwood.

—Pues bien — concluyó Bensington respirando con satisfacción. — Se llamará *Heracleoforbia*.

Y así designaron el descubrimiento en todas sus posteriores investigaciones y en el informe que de él se hizo y que no se publicó nunca; porque el desarrollo adquirido por el invento trastornó los trabajos de los inventores, y porque estos informes se escriben para que permanezcan inéditos por los siglos de los siglos.

Bensington y Redwood tuvieron que preparar

sucesivamente tres substancias antes de dar con la que ellos habían previsto; y á tales substancias las llamaron *Heracleoforbia I*, *Heracleoforbia II* y *Heracleoforbia III*. A la definitiva, ó sea á la *Heracleoforbia IV*, es á la que se refiere el nombre de *alimento de los dioses* con que presento á mis lectores la maravillosa invención.

III

La idea fué del señor Bensington; pero como le fué sugerida por uno de los experimentos de Redwood presentado á la Sociedad de Transacciones Filosóficas, aquél consultó á éste antes de seguir adelante. Había, además, otra razón para la consulta; y era que la investigación tenía tanto de filosófica como de química.

El profesor Redwood era un hombre de ciencia muy apegado á las líneas. Supongo que el lector— si es el lector que yo me imagino — estará familiarizado con esa clase de experimentos gráficos á que pertenecía el de Redwood. Estos experimentos gráficos son papeles de los que no se saca nada en limpio y en cuyo extremo se ven cinco ó seis diagramas que muestran peculiares trazos en zig-zag, ó inexplicables y sinuosas líneas llamadas *curvas suaves*, trazadas sobre otras líneas ordenadas y limitadas por abscisas. Contemplando tales líneas, pasa uno mucho tiempo, y por último llega uno á sospechar que ni su autor las entiende; pero no es así; porque á decir verdad, muchos de esos hombres científicos comprenden

bien lo que han trazado, y lo que hace que nosotros no lo comprendamos, es su método especial de expresarlo.

Me inclino á creer que Redwood no pensaba más que en líneas y que después de su obra monumental sobre la *Reacción de los tiempos*, (recomendamos al lector poco aficionado á esta clase de estudios que piense en ello y lo encontrará más claro que el agua) Redwood aplicó las curvas suaves á la teoría del crecimiento, y que uno de estos trabajos fué el que hizo á Bensington concebir su invento maravilloso.

Se sabe que Bensington había calculado el crecimiento de muchos seres orgánicos, á saber: perros, gatos, girasoles, setas, judías, y aun el de su propio hijo, mientras no intervino su señora, y que de tales estudios dedujo que los seres no crecen de una manera uniforme, es decir, en línea recta, como él creyó, sino á saltos, con intermitencias; de suerte que sus descubrimientos demostraron á Redwood que ningún ser crecía de una manera regular y continua, y que siempre que se presentaba el crecimiento, sufría el ser alguna interrupción en su desarrollo que le hacía permanecer estacionado un período de tiempo antes de continuar el progreso de su vida.

Afirmaba Redwood en el lenguaje rigurosamente técnico que emplean los sabios, que el progreso del crecimiento exigía en la sangre la con-

currencia de alguna substancia necesaria en considerable cantidad, substancia que debería formarse muy lentamente, y que una vez consumida ésta, comenzaba otra vez el organismo su lenta elaboración, quedando paralizado entre tanto el crecimiento, y el sabio comparaba dicha substancia con el aceite con que se engrasan las máquinas.

—Un animal — decía Redwood, — es en su desarrollo lo mismo que una máquina, que marcha cierto tiempo, pero que, pasado éste, necesita que la engrasen con aceite para seguir marchando, — y Bensington, al leer esto, se preguntaba.

—¿Por qué no se le ha de poder administrar ese aceite por fuera? — y Redwood añadía con la inconsecuencia nerviosa característica en los sabios:

—Todo esto pudiera ser un hallazgo muy feliz para hacer luz sobre el misterio de las glándulas vasculares ¡ como si las tales glándulas tuvieran relación alguna con tal asunto!

Redwood fué luego más allá. Ofreció un gran número de diagramas de Brock, de forma igual á las trayectorias de los cohetes, y cuya esencia, si tenía algo digno de este nombre, estribaba en considerar que la sangre de perros y gatos y la savia del girasol y de la seta eran distintas en el periodo de crecimiento que en el de la elaboración de la substancia.

Bensington se quedó profundamente admirado

cuando examinó los diagramas y notó aquella diferencia, porque, como era natural, la razón de aquella diferencia, podía hallarse precisamente en la substancia que él había tratado de aislar al hacer sus investigaciones sobre los alcaloides más estimulantes al sistema nervioso. Al meditar sobre ello, colocó sobre el pupitre los diagramas, hizo girar el sillón, se quitó las gafas, empañó los cristales con el aliento, las empezó á limpiar, y exclamó:

—¡Caramba!

Se puso de nuevo las gafas, hizo girar otra vez el sillón, pero antes de que este hubiese girado por completo, Bensington hizo un fuerte movimiento, empujó con el codo los diagramas y éstos dieron en el suelo revueltos entre sí.

—¡Caramba! — volvió á exclamar el sabio.

Y como los papeles se hubieran esparcido bastante, tuvo que ponerse á gatas para recojerlos, y entonces fué cuando se le ocurrió bautizar la substancia descubierta con el nombre de *alimento de los dioses*, porque, era indudable que si Redwood y él tenían razón, bastaría mezclar dicha substancia con los manjares ordinarios, ó con los alimentos, generalizando más, para que desapareciera el periodo de reposo en el crecimiento y para que este fuera representado por la línea ideal, ó sea la recta, en vez de estarlo por la línea á saltos es decir, con intermitencias.

IV

La noche siguiente á la de la famosa entrevista entre los dos sabios, no pudo Bensington cerrar los ojos; por un instante, sin embargo, pareció quedarse traspuesto, y en tal estado de modorra soñó, ó creyó soñar, que abría un gran hoyo en el que iba echando cantidades considerables de la substancia maravillosa, y que la tierra se hinchaba entonces de una manera ostensible, que las fronteras de las naciones saltaban deshechas en mil pedazos y que la Sociedad Geográfica cosía y remendaba como un gremio de sastres, dejando en libertad el Ecuador...

Es indudable que fué un ensueño ridículo; pero fué un ensueño que evidenciaba el estado de excitación mental en que se hallaba Bensington y el valor que éste daba á su idea; ensueño, que valía más que nada de lo que aquél hizo ó dijo durante el tiempo que vivió despierto; de no ser así, no me hubiera tomado el trabajo de referirlo, pues entiendo que carece absolutamente de interés el contaros nuestros ensueños.

Por singular coincidencia, Redwood soñó tam-

bién aquella noche. Y soñó que un diagrama de fuego resplandecía en la negrura de un pedazo de abismo; y que él, se hallaba en el espacio, en pie sobre un planeta y en una especie de negra plataforma, dando una conferencia sobre el nuevo modo de crecimiento á la más que Real Sociedad de las Fuerzas Primordiales, ó sean las fuerzas del crecimiento de los imperios, de las razas, de los mundos y de los sistemas planetarios.

Y Redwood explicaba con mucha sencillez y elocuencia que los lentos y retrógados métodos de crecimiento hasta entonces seguidos por esas fuerzas, serían pronta y definitivamente destruídos por el descubrimiento del conferenciante.

Esto es ridículo, pero demuestra...

Pero no quiero sugerir, ni por un instante, la idea de que los ensueños hayan de ser considerados en algún modo significativos ó proféticos, á parte de que ya lo he dicho de una manera categórica.